

por eso las ha querido ostentar à los ojos del cuerpo en tantas visibles maravillas, de que referiré una sola. En la primitiva Iglesia solo en dos tiempos del año se daba solemnemente el Bautismo, en las dos Pasquas de Resurreccion, y Pentecostés, si no era en caso de necesidad. Entonces, pues, refiere San Gregorio Turonense, que en un Lugar de la antigua Lusitania, hoy Portugal, (S. Gregor. Turonen. *lib. de Glor. Mar. cap. 24. 25.*) Llegado el Jueves Santo, iba el Obispo con su Clero, y todo el Pueblo, à un Bautisterio, que tenían lo demás del año cerrado. Entrados en él, hallaban la Pila Bautifmal del todo seca, y sin una sola gota de agua. Hacía el Obispo asear, y componer aquel lugar para la solemne función del Bautismo, que se havia de hacer el siguiente Sabado de gloria. Y sin echar en la Pila ni una gota de agua, volvíanse à salir todos. Cerraba el Obispo por su mano con toda seguridad la puerta, y volvíanse todos à sus casas. Llegada la mañana del Sabado Santo, venían todos al Bautisterio, el Obispo, y Clero, y el Pueblo, trayendo en Procesion à los Catechumenos, que havian de bautizarse: abría el Obispo la puerta, entraban todos, y hallaban la Pila, no sólo llena de agua, no sólo rebosando, sino con estupendo prodigio levantada el agua sobre los bordos, à la manera que rebosa el trigo en la anega antes que lo arafen. Y estando así el agua eminente, ni por uno, ni otro lado derramaba una gota. Hechos por el Obispo los exorcismos, y bendiciones de la Iglesia, iba luego à porfia todo el Pueblo con cántaros, y vasijas sacando de aquella agua para sus casas, para sus enfermedades, y para sus sembrados. Y siendo tanta el agua que sacaban, quedaba todavía la Pila del mismo modo colmada. Bautizábanse todos los Catechúmenos, y acabados los Bautimos, al punto, empezando à baxar el agua, se iba consumiéndose, hasta no quedar una sola gota. Llegó este monton de prodigios à noticia de Theodesigilo, Rey de aquella tierra, Bárbaro y Gentil. Y persuadido à que todo era engaño de los Christianos, al siguiente año fue con el Obispo, y el Pueblo. Reconoció la Pila, hallóla seca, y luego cerrando él con proprias llaves el Bautisterio, le puso guardas. Volvieron el Sabado, y hallaron el mismo prodigio. Aun no se convenció. Y al siguiente año dobló el cuidado, dobló las llaves, dobló las guardas. Vinieron el Sabado, y hallaron lo mismo. Pero aun no bastó à su barbaridad. Y persuadido, que por debaxo de tierra debían de entrar aquella agua, al año siguiente, no contento con llaves, y guardas, hizo à la redonda toda del Bautisterio una fosa de veinte y cinco pies de hondo, y quince de ancho. Llegó el Sabado, vió los mismos prodigios; pero embrutecido. Al siguiente año, sobre tantas, dobló las diligencias. Mas llegado el Sabado, al punto que salía para ir à vér la Pila, cayó muerto. Bien merecido, que tan cerca de la vida halláse su rebeldía la muerte, que tan à vista

del Cielo cayese su dureza en el infierno. ¡Oh! y no sea, Cathólicos, mayor nuestra desdicha, si haviendo hallado la vida en estas aguas, no nos conduce la Fé que en ellas recibimos, à lograr con las obras tan soberanas luces, hasta conseguir con la posesion eternos resplandores en la Gloria. *Ad quam, &c.*



PLATICA III.

DE LA FORMA, Y MINISTRO del Santo Bautismo.

A 3. de Julio de 1692.

CON razon llamó Aristoteles hija de la ignorancia à la admiracion: no solo porque se admira mas, quien mas ignora; sino porque embelesada la atencion en lo raro, solo porque nunca lo ha visto, dexa de suspenderse en lo que por repetido no pierde lo mas prodigioso. Todos levantan los ojos à un funesto Cometa, solo de repente aparecido, mientras que los astros, y los luceros ván corriendo, sin deber à nadie atenciones. Pero aun mejor exemplo tenemos este dia. Suspendiendo en admiraciones su pluma celebra atónito Casiodoro la propiedad estraña de una fuente. (*Casiodor. lib. 8. Var. epist. 32.*) Es la tan nombrada Aretusa, centro de la mas bella amenidad en sus margenes, y raro prodigio en sus aguas. El caso es, que serena siempre, sossegada, quieta, ni al gorgear continuo de los pajaros, ni al bramar repetido de los brutos, se mueven un punto sus aguas. Antes en lo sereno parecen mudo inmoble congelado cristal, que no hay quien lo perturbe. Pero he aqui, si acercandose un hombre pronuncia á sus orillas una palabra sola, al punto el agua toda sentida se alborota; prosigue aquel hablando, y el agua yá con mas ruido, y fragor hirviendo. Levanta mas la voz, y el agua subiendo mas, y mas, se encrespa. Alza el grito, y levanta el agua por los ayres el penacho: *Silenti homoni tacita, loquenti strepitu, & fragore respondens.* ¡Raro prodigio, que así el agua responda à las voces de un hombre! Estraña maravilla, que como si entendiera el agua, se mueva, se levante, se eleve, sin mas fuerza, que sonar unas humanas palabras: *Nova vis, inaudita proprietate: aquas voce hominum comoveri, ut quasi appellata respondeant.* ¿Que haría qualquiera que esto viese? ¿Cuál se llenaría de asombro al vér, que à sus palabras, sin mas fuerza, se alborota el agua, se encrespa, y à par de las voces se sublima en hermosos crespos penachos? ¿Qué maravilla! qué prodigio! Ea, dexad à los ojos esas tan vulgares admiraciones, merezcan mejor la fé superiores asombros à la atencion, y vereis en la fuente del Bautismo, que

el

de las llamas eternas, dexa las almas libres: *Vox Domini intercedentis flammam ignis.* ¿Tanta virtud unas palabras? Preguntadles eso à los Cielos: preguntadles eso à todas las criaturas; y todas os dirán, que su sér, su vivir, su alentar, no es otra cosa todo, que un eco de la voz prodigiosa de Dios: *Ipsé dixit, & facta sunt.* Con qué prontitud un Vidriero entrá el cañon en la hornalla, saca una masa ardiendo en la punta, aplicala al molde, y à un soplo; ¿qué queda? Una copa; un vernegal; ¿qué cristalino! qué hermoso! qué diáfano! qué puro! presa de la mesa de un Rey, el que antes era pasto de los tizonés. ¿Tanto pudo hacer un soplo? *Tanti artificis valet habitus oris.* ¿Pues qué preguntais? De aquella misma masa, que ahora está ardiendo en el infierno en tantas almas de Gentiles, è Idólatras, de aquella misma eran nuestras almas, quando este Artífice Divino nos quiso sacar para vasos puros de su mesa. Con el aliento de su divina boca en estas pocas palabras: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,* nos dexó mas que el cristal puros, vasos, mas que el Sol admirables.

Dixe, pues yá, como el agua verdadera, elemental, y natural, es la materia del Bautismo, pero esa agua por sí nada pudiera, por mas que lavára, si no se le juntáran las palabras, que son la forma del Bautismo. Yá, pues, prevenida el agua, al echarla en la cabeza, ò si no se puede, en otra parte del cuerpo: al echarla, digo, teniendo la intencion de hacer lo que hace la Iglesia nuestra Madre, ò de hacer lo que instituyó nuestra Vida Christo, se han de pronunciar juntamente las palabras, que son la forma. ¿Y cuáles son esas palabras? Estas: *Juan, ò Pedro, Maria, ò Isabél.* Ese es el nombre del que se bautiza, que si se olvida, ò no se dice, no por eso dexará de ser bautizado, si se dice la forma esencial, que es esta: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Esas son las palabras con que nos llamó Dios de la triste posesion de las tinieblas à gozar de su admirable luz. Estas son las palabras de vida, con que limpiandonos en aquel Sacrosanto Baño del alma: *Lavacro aquae in verbo vita,* que dice el Apostol, nos introduxo à la eterna felicidad. Esta es la voz prodigiosa de Dios sobre las aguas: *Vox Domini super aquas,* que al resonar, le corresponden por ecos imponderables maravillas. Voz, en que compendió Dios à nuestro favor los prodigios todos de su Omnipotencia: *Vox Domini in virtute.* Voz, en que de su liberalidad infinita derrama sobre una alma todos sus tesoros inmensos: *Vox Domini in magnificentia.* Voz, à quien dichosamente han abatido las cabezas los cedros coronados de la Gentilidad: *Vox Domini confringentis cedros.* Voz, que trastornando los desiertos, en que solo havia espinas, y malezas de la Idolatría ciega, y torpe, los ha convertido en amenos jardines de virtudes admirables: *Vox Domini concutientis desertum.* Voz, con que prevenida à los racionales ciervos la ligereza, les hace burlar de la serpiente su enemiga las astucias: *Vox Domini preparantis cervos.* Y voz en fin, que cortando por medio

de las llamas eternas, dexa las almas libres: *Vox Domini intercedentis flammam ignis.* ¿Tanta virtud unas palabras? Preguntadles eso à los Cielos: preguntadles eso à todas las criaturas; y todas os dirán, que su sér, su vivir, su alentar, no es otra cosa todo, que un eco de la voz prodigiosa de Dios: *Ipsé dixit, & facta sunt.* Con qué prontitud un Vidriero entrá el cañon en la hornalla, saca una masa ardiendo en la punta, aplicala al molde, y à un soplo; ¿qué queda? Una copa; un vernegal; ¿qué cristalino! qué hermoso! qué diáfano! qué puro! presa de la mesa de un Rey, el que antes era pasto de los tizonés. ¿Tanto pudo hacer un soplo? *Tanti artificis valet habitus oris.* ¿Pues qué preguntais? De aquella misma masa, que ahora está ardiendo en el infierno en tantas almas de Gentiles, è Idólatras, de aquella misma eran nuestras almas, quando este Artífice Divino nos quiso sacar para vasos puros de su mesa. Con el aliento de su divina boca en estas pocas palabras: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,* nos dexó mas que el cristal puros, vasos, mas que el Sol admirables.

Esta forma, pues, del Bautismo instituyó con expresas palabras nuestra Vida Christo, quando enviando à sus Apóstoles à predicar, les dixo: Id, enseñad à todas las gentes, bautizandolos en el nombre de el Padre, y de el Hijo, y de el Espíritu Santo. Esta forma por esencialmente necesaria, para que sea válido el Bautismo, la define el Santo Concilio Florentino: la establecen repetidos Sagrados Cánones, y en ella convienen todos los Santos Padres: tan invariable, que si se le quitan palabras, ò se le añaden, de modo que la muden, no será Bautismo. ¡Oh, Dios, y si todos las cogieran muy de memoria! Repitolas: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo:* en que invocamos, y confesamos expresamente el Mysterio de la Santísima Trinidad, porque siendo el primero, y principalísimo Mysterio de nuestra Fé, al entrar por las puertas del Bautismo, debemos expresamente confesarlo: expresamente dixé, por lo qual el que dixere: *Yo te bautizo en el nombre de Dios,* no será ese Bautismo, porque aunque Dios es la Santísima Trinidad, pero en este nombre, aunque la reconocamos implicitamente, pero no la declaramos con expresion; y por lo mismo no sería Bautismo decir: *Yo te bautizo en el nombre de la Santísima Trinidad;* porque debemos confesar con expresion la Unidad de la Esencia, y Trinidad de las Personas. Por eso, pues, decimos: en el nombre, y no en los nombres, porque así confesamos la Unidad de la Esencia un solo Dios; y añadimos: del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; porque así reconocemos las tres distintas Personas. Y esta forma, como no se le quite palabra, ni se mude, es la esencial, en qualquier lengua que se diga. No es menester decirla en Latín. Si sabemos mejor Castellano, para qué es meternos

Mm

à Latinos, que oygo perfignarse à algunos con mil disparates, por quererse perfignar en latin? Pues qué será en el fusto, en la priefa con que se puede ofrecer el bautizar una criatura? Y pudiendose ofrecer à todos quantos me oyen, hombres, y mugeres, chicos, y grandes; qué lástima será, por no saber la forma, condenar una alma? Pues yo temo, que hay de esto mucho. El Doctísimo Pofevino, Cura experimentado, y de muchos años, afirma, que de muchos que llevaban à la Iglesia, yà bautizados en casa por necesidad, y que decian que estaban bien bautizados, examinandolo, halló que los mas no lo estaban, por errores substanciales, cometidos en la forma. Pues qué sería de los que havian muerto? El Doctísimo Marcancio, Cura tambien de grandes experiencias, individua los errores, que en esto halló él mismo, en muchas Parteras, que debian, de baxo de pecado mortal, saber la forma. Hallé, dice, que una fin decir: *Yo te bautizo*, havia echado siempre el agua, diciendo solo: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo*. Y no haviendo dicho: *Yo te bautizo*, no fueron Bautismos los que hizo. Otra que refiere San Vicente Ferrer, que havia echado el agua, diciendo: *Yo te bautizo en el nombre de la Santissima Trinidad, y de la Virgen Maria, y de todos los Angeles*. Yaunque añadiera, y de todos los Santos; y aunque añadiera, y de todos los Bienaventurados, este no fue Bautismo, y fue menester bautizar al que así no estaba bautizado. Y qué, si esto no se huviera descubierto? Otra hallé, dice Marcancio, que aunque decia bien, y cabalmente la forma, pero era echando otra el agua à la criatura: Bautismo del todo incierto, pues en tal caso quien dice: *Yo te bautizo*, no dice con verdad, pues no echa él el agua. Otra Partera me confesó, que repetia quatro, ó cinco veces la forma, por mas seguridad. Oh, Dios! que de ignorancias. Pero eso (me dirán) solo sucede en los Pueblos, en los Lugares cortos; pero en ciudades como ésta, quién havia de ignorar una cosa tan facil, como por extremo importante? Así parece que debia de ser, que nadie lo ignorara; pero nuestro Doctísimo Quintanadueñas refiere, que en Xerez, Ciudad bien conocida, y bastantemente numerosa en la Andalucía, una Partera, y de las aprobadas, por muy largo tiempo, todos los que bautizó en los aprietos, fue con esta forma: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y de la gracia del Espiritu Santo*. Oh, Dios! Por la bachilleria de añadir una sola palabra, tantas almas à peligro? La gracia del Espiritu Santo no es la persona del Espiritu Santo, con que no invocando la persona del Espiritu Santo, no era Bautismo. Así lo reconoció el Arzobispo Don Pedro de Castro y Quiñones, y mandó bautizar à todos los que ésta havia bautizado. Y los que yà habian muerto? Oh, Dios! una palabra sola que se mude, ó se quite, pesa tanto como la salvacion de una alma.

En tiempo de Anastasio, Emperador, y de Simaco, Papa VI, Deuterio, Herege Arriano, Arzobispo de Constantinopla, fue à bautizar à uno, que se

llamaba Barbas. Y siendo el maldito sacrilego error de los Arrianos, que negaban la igualdad del Hijo con su Eterno Padre, mudaban tambien la forma del Bautismo. Llegó el caso, y puesto en la Pila Bautismal, tomando el Obispo en la mano la concha llena de agua, fue diciendo la forma: cómo? De esta manera: *Sea bautizado Barbas en el nombre del Padre por el Hijo, en el Espiritu Santo*. Qué mudanza es la que estrañan en estas palabras: *Sea bautizado*? Dirán, que no ha de decir así: es verdad, segun el rito de la Iglesia Latina, que debe mos seguir; pero segun el modo de hablar de los Griegos, era lo mismo: *Seabautizado*, que entre nosotros: *Yo te bautizo*. Y así, por esta palabra no queda invalido el Bautismo. Pasemos, pues: *En el nombre del Padre*, bien dicho está. *Por el Hijo*: en ese por está el error. Es mas que una sílaba? Pues ahí está una heregia, y de las mas perversas que se han levantado contra la Fé: y qué sucedió? Que al decir el Obispo Herege esas palabras, se desapareció de la concha, y de la Pila toda el agua, sin quedar una gota. No queriendo Dios que sirviese el agua à esa forma, sacrilegamente mudada por una sílaba sola. Barbas salió huyendo al punto, contó à todos el milagro, y se bautizó con el rito, y forma de los Catholicos. Otro Herege Arriano, queriendo repetir esa forma, quedó del todo mudo, sin poder pronunciar ni una palabra. Tanto zela Dios la forma de este Sacramento. Mas por último, quién es el que puede bautizar? que es lo mismo que preguntar: quién es el Ministro del Sacramento del Bautismo? Lo puso el Señor tan facil, como puso el agua, porque hablando en general, si se atiende à lo válido del Bautismo, todos, sean los que fueren, quando tienen uso de razon para entender lo que hacen, y tener la intencion de hacer lo que hace la Iglesia, todos son Ministros del Bautismo; pero con esta distincion, que aunque en qualquier caso, ahora de necesidad, ahora sin ella, qualquiera que bautizáre, sea el que fuere, hombre, ò muger, Sacerdote, ò Lego, si teniendo la intencion debida, y echando el agua natural, dixo cabalmente, pronunciando la forma: el Bautismo es válido, siempre, y en qualquier caso. Es válido, y queda sin duda bautizado el que lo recibe; pero pecará, ò grave, ò levemente el que lo hiciere, si no se observa la distincion que yà digo, porque por disposicion santa de la Iglesia, y de nuestra Vida Christo, esta potestad está concedida solo por la potestad del Orden à los Obispos, y Sacerdotes, y por especial disposicion del Derecho solo à los Curas de las Parroquias, sin cuya licencia ningun Sacerdote puede hacer Bautismo solemne; y despues, por comision, y à falta de Sacerdotes, son Ministros los Diáconos. Esto es para que se haga el Bautismo, fuera de necesidad, con sus debidas solemnidades en la Iglesia. Pero en caso de necesidad, y de aprieto, que la madre peligra, que el hijo se muere, en tal caso, ¿quién podrá echar el agua, y bautizar? El primero que se halláre, qualquiera puede echarle el agua, y decir las palabras de la forma; pero aun en la necesidad,

para

PLATICA IV. DE LOS ADMIRABLES, Y GLORIOSOS efectos del Santo Bautismo.

A 10. de Julio de 1692.

para que se haga lícitamente, debe guardarse el orden, que presente el Sacerdote, no bautice el Diacono, y Subdiacono, y mucho menos el Seglar. Haviendo hombre, no bautice la muger. Haviendo presente un Christiano, no bautice un Gentil. Pero si la Partera, ò otra muger sabe bien la forma del Bautismo, y lo demás que se requiere; y el hombre que está presente no la sabe, bautice en todo caso la muger, ò Partera; que vá mucho en asegurar del todo este Sacramento. Y por esto, aunque el Herege, el Judío, el Gentil, si teniendo la debida intencion aplican la debida materia, y forma, hacen verdadero, y válido Bautismo. Pero si dá lugar el aprieto, procurese que sea un Sacerdote. Quanto importa este cuidado, nos lo quiso mostrar el Cielo con este prodigio.

En Amberes, Ciudad bien célebre de Flandes, refiere Bredembaquio, y de él nuestro Antonio Daurontio (Flor. Exemp. t. 3. tit. 4. Ex. 5.) havia dos casados de los que suele haver en aquellos Países, que el marido era Herege Calvinista, y la muger Cathólica. (¡oh, qué junta!) Tuvieron un hijo, y nació con él una muy porfiada contienda: porque si bien convenian ambos en bautizarle, pero el marido herege, queria que se bautizara en la forma, y sacrilegos ritos del Calvinismo. La muger Cathólica defendia à toda fuerza, que no se havia de bautizar, sino con la forma, y ritos de los Catholicos. Y viendo el herege, que no le valia, ni la autoridad, ni la fuerza, quiso lograr su intento con astucia. Descuidó à su muger, dexóla dormir, y al punto cogiendo la criatura, parte corriendo, y llevála à un Ministro Calvinista para que se la bautizara. Empezó aquel à hacer sus ceremonias. Llegó el caso, y quando iba à echarle el agua, reparó que estaba la criatura muerta; reconoció mas, y mas, y halló que estaba yà como un mármol elada. ¿Pues cómo así me burlas? le dixo al padre: Si esta criatura está muerta, para qué me la haveis traído? Juraba él, y perjuraba, que se la entregó viva. Y yà viendo la desgracia, vuelve corriendo con ella por no ser à lo menos descubierto. Entra con tiento, y dormida todavia su muger, ponele otra vez allí la criatura, y sale à hacer la defecha; dexó pasar tiempo, y entró luego: Pues muger, ¿cómo está vuestro hijo? Bueno (respondió) y yá, sin mas dilaciones, hoy lo ha de bautizar un Sacerdote Cathólico. Si él está bueno, replicó el marido, yo os lo concederé. Vuelve ella con esto muy alegre, coge en las manos la criatura, y hallala viva, hermosa, y alegre. Tan atónito quedó el padre à esta maravilla que no solo la hizo bautizar en el rito Cathólico, sino que él abjuró, y detestó la heregia. Dichosa criatura, que así por medio de la muerte halló la vida! Dichosa criatura, que de ella nació la mejor vida de su padre! Y dichosa madre, que así lo fue mejor de entrambos, debiendo el uno, y otro à su zelo cathólico la mejor vida de la gracia.

Lo mas apreciado de el Cielo, y lo mas precioso de el mundo, quanto en la estimacion se asemejan, son parecidos en el daño, y muy semejentes en el remedio. Lo mas apreciado del Cielo son las almas; y lo mas precioso del mundo las perlas. Llevóse la perla quizá por retrato de las almas el nombre de preciosa, y tanto, que confirmandoselo aquel Mercader Divino, que baxó de el Cielo à poner en nuestro logro sus ganancias, no reparó en dár todo quanto tenía de riquezas, solo por ganar esta tan preciosa perla: *Inventa una pretiosa margarita, abilit, & vendidit omnia qua habuit, & emit eam*. Pero he aqui, que siendo por su naturaleza la perla de tanto precio, de tanto valor, de tanta estima, con todo esto nada vale, si alguna vez ofuscado su esplendor de una sombra sin candor, sin luz, sin oriente, pálida, ahumada, mustia, se desprecia, se desestima, y se arroja. ¡Oh, qué daño por una sombra! ¿Qué sombra fue esta, preguntaría yo, tan enormemente nociva, que así embebiendose, importuna en esta gota del Cielo, en este sudor de la Aurora, en esta lágrima del Sol, trocando su esplendor en obscuridad, le quitó todo el precio à la que por sí havia de ser toda preciosa? ¿Qué sombra tan eficaz, que incorporada en esta perla, en vez de la nativa luz de su oriente, le introduxo maligna la triste obscuridad de su noche? El caso fue, nos diría Plinio, que al concebirse esa perla, quando miraba al Cielo por padre, obscuro el Cielo entonces, encapotado, y turbio, en vez ella de retratar su claro oriente, bebió incorporada en su sér toda la lobreguez de su noche: *Eundem pallere Caelo minante conceptum*. Desgraciada perla, que así perdió todo su precio, al mismo punto que se estaba concibiendo para preciosa. Mas yá, ¿qué remedio hallariamos para tan grave daño? Cómo podriamos conseguir, que esta perla así pálida, obscura, y sin oriente volviese à conseguir su esplendor à restaurar su luz, su candor, su hermosura, y su precio? No es menester mas (dicen los Naturales) sino darfela à comer à una Paloma, que dentro de su buche, sin consumirla el calor, la purifica, la limpia, la blanquee de modo, que la vuelve luego yá cándida, pura, resplandeciente, y hermosa. Prodigioso secreto de naturaleza: *Qua gratia, dixo Francisco Ruco, citado de nuestro Raynaudo: Quae gratia eis per genesim desideratur, resarcitur per columbas; quae devoratas margaritas purio-*